Sobre la base de la propia experiencia, este texto reflexiona acerca del proceso de enseñanza-aprendizaje como un juego cuya regla principal es, precisamente, romper las reglas en favor de la participación y la creatividad. Partiendo de la narración de un trabajo con adultos en un taller de cursado intensivo, expone cómo es posible abrir espacios a nuevos recursos que enriquecen el proceso pedagógico dejando afuera el consabido discurso expositivo, y ofrece algunas propuestas al respecto.

EL JUEGO PEDAGÓGICO

En pedagogía la teoría es el método. Me costó largos años comprender tamaña verdad. En l978 tomé la decisión de seguir en el espacio de la docencia, pero sin dar más clases. Trabajaba entonces en México, donde me habían empujado los duros vientos que arrancaban de raíz la vida y la cultura de mi patria. Una decisión semejante no es sencilla. En pedagogía universitaria, y en cualquier otra, es mucho más fácil dejarse llevar por el juego monótono de las palabras dichas ante un auditorio silencioso. Todo se resuelve en la frase oída también en ese querido país:

Yo hago como que te enseño y tú haces como que aprendes.

Nos tocaba coordinar un curso con Fausto Ramos en la Facultad de Comunicación de la UNAM. Cultura y Comunicación se llamaba. Pasamos meses preparándonos para afrontar la nueva modalidad. Cuando renuncias a la clase expositiva todo se complica, en el hermoso sentido del término. Reunimos materiales, localizamos centros de documentación y personas, planificamos palmo a palmo las horas previstas (cuatro a la semana, en tandas de dos en dos), distribuimos tareas en grupos.

Cuando llegó el gran día teníamos documentos, fuentes y actividades suficientes como para cubrir todo un largo camino centrado en el autoaprendizaje, en el trabajo grupal, en el descubrimiento, en formas incipientes de investigación.

Recuerdo con nitidez ese primer día. Teníamos adelante unos ochenta alumnos, sentados en los odiosos pupitres enfilados como los miembros de un batallón de soldaditos a la espera de órdenes. Aguardaban su clase. Durante dos horas les hablamos de lo terrible del sistema pedagógico basado en una palabra todopoderosa. Cambiaríamos las reglas de juego y nos lanzaríamos a una experiencia rica en participación y en creatividad.

No hubo muchas respuestas. Uno por aquí, otro más allá, mostraron un cierto entusiasmo. No nos importó mucho. El entusiasmo lo pusimos nosotros. Organizamos grupos, distribuimos materiales, planificamos todo el semestre y fijamos los tiempos y la presentación.

Las dos primeras semanas estuvieron a nuestro cargo. Se trataba de discutir algunos conceptos mínimos para la interpretación de los materiales. Hablamos lo menos posible, preguntamos mucho, forzamos (lo sé ahora) de alguna manera las respuestas y fuimos creando un clima de cierta participación.

Llegó por fin la hora de las presentaciones grupales. Una muchacha pidió la palabra: Maestro (así nos decían allá) no hemos podido preparan nada, no nos pudimos reunir, nos faltó tiempo... Escuché una larga explicación sin mover un pelo. Guardé luego un largo silencio y por fin pregunté: ¿nada, de veras nada? Nada, corroboró la muchacha. Bien, yo tampoco, nos vemos en la próxima sesión; seguimos con el grupo dos. Casi arrastré a Fausto y salimos entre murmullos cerrados a nuestras espaldas.

Dos días más tarde sucedió exactamente lo mismo. Al alejarnos con Fausto los murmullos se acercaban a la voz viva.

Cuando entramos a la sesión siguiente estaban ya, todos, de asamblea. Nos sentamos al fondo como si no estuviéramos. No es el caso aquí historiar los largos argumentos, la mayor parte de ellos en contra del método. Dos horas más tarde la asamblea votó, casi por unanimidad (recuerdo a los pocos disidentes, unos siete u ocho, roncos de tanto gritar) que debíamos dar clase, para eso nos pagaban. Nos alejamos sin decir palabra, literalmente descorazonados.

¿Elige alguien tan alegremente sus cadenas? ¿Abres un espacio de libertad y la única alternativa es la de retroceder al borde del espanto?

Costó horas de reflexión encontrar una alternativa. Cuando regresamos propusimos algunos ejercicios a fin de demostrar la bondad de nuestra propuesta. Si fallaban, prometíamos volver a las ansiadas clases.

He narrado cientos de veces, por todos los rincones de nuestra América Latina, lo sucedido. Mis alumnos, gracias al sistema expositivo, casi no habían leído nada, casi no habían escrito nada, a lo largo de toda su carrera. Y cuando digo leer no me refiero sólo al comercio con el papel impreso. No habían leído nada de su contexto, de su coyuntura social. Todo estaba sostenido por algunos alfilerazos verbales a través de un método que les había negado sistemáticamente su capacidad de reflexión y de expresión. Los ejercicios desnudaron un sistema pedagógico implacable en su cotidiana labor de cerrar el camino a la creatividad, a la construcción de conocimiento.

He narrado también las consecuencias de esa prueba. El grupo reaccionó con una fuerza maravillosa, se apropió de la modalidad propuesta, nos enloqueció de materiales y de trabajo. Fue una de las más ricas experiencias educativas de mi vida.

En 1983 comencé a trabajar en CIESPAL. Hicimos un hermoso equipo con mi querido amigo Eduardo Contreras. Nos dedicamos por años a la enseñanza de planificación de la comunicación. Coordinábamos un curso de cinco semanas, a

razón de nueve horas aula y de no menos de tres de actividades suplementarias cada día. Fue siempre un ritmo infernal, si es cierto eso de los ritmos intensos en el infierno. Imposible sostener la clase expositiva cuando estás horas y horas incorporado a equipos de reflexión.

En 1984 participó en el curso Gabriel Jaramillo, de Medellín. Llevábamos dos semanas cuando pasó por allí un experto en medios audiovisuales proveniente de un país de cuyo nombre no puedo (ni quiero) acordarme. Alguien tuvo la desdichada idea de invitarlo a dar una charla. Protestamos con Eduardo, no había mucho tiempo, llevábamos nuestra propia dinámica. Pero las insistencias ganaron y sin quererlo nos vimos ante el ser más aburrido del universo, dueño de un rostro inexpresivo y de una voz capaz de dormir a un ejército en medio de una batalla. La charla comenzó así: "esto es un cassete". La mano del conferencista sostenía un cassete y lo paseaba ante nuestros ojos. Gabriel enrojecía minuto a minuto y por fin estalló con una frase exacta:

Me siento humillado, usted nos está humillando.

La conferencia, como puede adivinarse, terminó en un lío descomunal. Nuestro experto se fue con su cassete y con la cara de quien no entiende nada.

El sistema expositivo, además de todo lo que se le achaca, es un sistema de humillación, condena a alguien a escuchar cosas inútiles, a recibir información carente del más mínimo atractivo, ajena a la propia vida. Humillar significa rebajar a alguien, negarle la capacidad de ser, su ser. El sistema de enseñanza vigente en la inmensa mayoría de las instituciones educativas latinoamericanas está organizado sobre la base de la humillación, la cual es más lacerante cuando de adultos se trata.

En 1985 Adolfo Herrera me llamó a Quito desde Caracas para anunciarme una serie de conferencias en la Universidad Simón Rodríguez, sobre comunicación y utopía en la obra de ese maravilloso pensador. Un anuncio así no tenía razón de inquietarme, conferencias se dan todos los días. Sólo que el responsable de las mismas, lo había decidido así Adolfo, era yo. Motivo: dos años antes habíamos hablado de don Simón. Una lectura de sus obras, algo así como una cuarta parte de todo lo escrito por él, me habían mostrado pistas sobre la comunicación en su sistema social propuesto para nuestra América Latina. Adolfo consideraba importante el tema y me lanzaba a predicar en tierra de profetas.

La alternativa fue sumergirme en la obra completa. Luego de dos meses de lectura descubrí a uno de los pensadores más originales del siglo XIX. No es el caso recuperar aquí lo aprendido entonces. Escribí un libro llamado *Utopía y comunicación en Simón Rodríguez* y convertí sus propuestas en parte de mi trabajo pedagógico. Parto desde entonces de una regla Áurea:

“Lo que no se hace sentir no se entiende y lo que no se entiende no interesa”.

En 1987 hicimos en Ecuador un diagnóstico de comunicación de la Universidad Técnica de Machala. Conformábamos el grupo Gloria Cuenca, Onofre de la Rosa, Gustavo Portocarrero, René Izquierdo, Pablo Cabañas, Carlos Eduardo Cortés y yo. La experiencia dio lugar a un libro editado por CIESPAL y a una novela que algún día publicaré. Una de las comprobaciones más brutales fue la de la fuerza del método expositivo en prácticamente toda la Universidad. Ello me motivó a escribir unas páginas tituladas "La pasión por el discurso", incluidas al final de mi libro *Diseño curricular para escuelas de comunicación* y también en la revista *Signo y pensamiento*, de la Javeriana, en Bogotá.

Retomo unas líneas

> "Llamo pasión por el discurso a la capacidad de emocionarse ante sus formas, de sentir la fuerza del lenguaje, de crear y recrear imágenes, de reír con las palabras, de proyectar universos posibles e imposibles, de estallar en una metáfora imprevista, de encontrarse, reconocerse en una expresión."

Una pedagogía diferente pasa por allí, como pasa también por la experiencia, por el sentimiento, por el encuentro. En educación estamos enfermos de contenidos y éstos se van de la memoria como llegan.

En marzo de 1990 trabajamos siete días en un taller de planificación y análisis de mensajes con representantes de instituciones dedicadas a la mujer rural en países de América Central. Participaron Aleyda Cárcamo, Norma Mejía y Yaneth Verónica Mencía, de Honduras; Astrid Ninet Martínez y Patricia Pinto, de Guatemala; Elizabeth Miranda, de Nicaragua; Oscar Aguilar, Hernán Morera, Flor de María Jara Chavarría, Sara Vargas y Marcos Palma, de Costa Rica.

El primer día fue de un encuentro tan claro que decidimos movernos en dos planos de análisis: el de los temas previstos para el taller y el del juego pedagógico. Cada día reflexionamos sobre lo hecho y vivido y fuimos construyendo un documento que llamamos precisamente el juego pedagógico. La pregunta central fue siempre:

¿Cómo trabajar con adultos dejando fuera la clase expositiva?

Durante todo el taller, siete días a razón de ocho horas diarias, pudimos romper la maldición del discurso en manos (en boca mejor) de un solo ser y pudimos abrir espacios a distintos recursos expresivos. Van a continuación las propuestas, como un aporte a otras instituciones dedicadas a los adultos.

1. Mínimas sesiones expositivas. El trabajo pedagógico basado sólo en la exposición del docente produce de antemano una división entre el que sabe y el que no sabe. Alguien tiene un mensaje importante y otros quedan en la situación de escuchar. No negamos la posibilidad de alguna sesión de ese tipo, aunque durante el taller no hubo una sola. Cuando alguien habla para 20 se desaprovecha la experiencia y la expresión de todos. De 21 seres sólo

uno es activo. El concepto básico es aquí el de construcción de conocimiento, y ello lleva al intercambio de experiencias y de conocimientos.

2. Pocos conceptos, con mayor profundización. Reconocemos en no pocas experiencias educativas un anhelo por dejar muchos conceptos, como si la apropiación de un área temática fuera equivalente a la cantidad de información. Preferimos un avance más en profundidad, una real discusión de cada uno de los conceptos.

3. La puesta en experiencia. Un trabajo pedagógico centrado en la experiencia de los participantes resulta mucho más rico que otro centrado sólo en conceptos. El método consiste en ir de las experiencias a los conceptos y de éstos a la experiencia para apoyarla. Además, la experiencia da lugar a nuevos conceptos.

4. Utilidad de conceptos, métodos y técnicas. Durante el proceso es importante reflexionar sobre el valor que conceptos, métodos y técnicas tienen para los participantes. Y el mejor parámetro sigue siendo el de la experiencia de éstos, el de sus necesidades en el trabajo cotidiano. Además, la reflexión permite recoger y sistematizar todos esos elementos.

5. Los acuerdos mínimos. En un intento por no forzar a nadie es posible avanzar por acuerdos mínimos entre los participantes de un proceso educativo. Dichos acuerdos giran en torno a la interpretación de experiencias y al valor de conceptos, métodos y técnicas para la práctica cotidiana. Posibilitan, por lo tanto, la construcción de conocimientos.

6. La educación no es sólo un problema de contenidos. En pedagogía puede decirse que la teoría es el método. Aun cuando se cuente con valiosos contenidos, si no se los pone en juego dentro de un método rico en expresión y comunicación no se llega muy lejos.

7. Construir el texto. Los textos son apoyos para el trabajo, no hacen por sí solos el acto pedagógico. Los textos son iluminados desde la experiencia de la gente y en este sentido todo proceso es de construcción del texto y no de simple aceptación.

8. La expresión. Cuando hablamos de expresión nos referimos no sólo a la verbal, sino también a las imágenes, al cuerpo, al espacio. Un proceso pedagógico centrado en la expresión de una sola persona (el docente) deja de lado toda la riqueza del resto de los participantes. Cada sesión puede abrir camino a diferentes formas de expresión de todos y cada uno de los seres involucrados.

9. Lo lúdico, la alegría de construir. En tanto momento de encuentro, de trabajo en común, un proceso pedagógico da lugar a lo lúdico, a la alegría de construir experiencias y conceptos. No creemos en la pretendida seriedad de

la educación, cuando se la confunde con una rígida presentación de teorías ya armadas, como un conjunto de datos a transmitir.

10. Saber esperar. Un proceso educativo constituye una puesta en común de experiencias y conceptos. Una puesta en común va ligada siempre a la capacidad de esperar a los demás, de respetar sus ritmos de aprendizaje.

11. No forzar a nadie. La violencia y la educación constituyen extremos imposibles de conciliar. Se ejerce violencia cuando son impuestos conceptos, métodos y técnicas destinadas sólo a cumplir con los propósitos de la institución y del promotor. Sobre todo en el trabajo con sectores populares esto es contrario a cualquier ideal de participación y de democratización.

12. Partir siempre del otro. Partir siempre de las experiencias, expectativas, creencias, rutinas, sueños de los demás. Ese es el punto de inicio de todo proceso pedagógico, y no una propuesta pedagógica que vendría a iluminar la práctica.

13. Compartir, no invadir. Un acto pedagógico se funda en el respeto, la tolerancia y el reconocimiento de las características específicas de todos y cada uno de los participantes. Así, se va logrando siempre un grado de intimidad, pero fundada en el compartir y en el reconocimiento de las diferencias.

14. El sentir y el aprender. “Lo que no se hace sentir no se entiende, decía don Simón Rodríguez, y lo que no se entiende no interesa”.

15. La creatividad. Todo acto pedagógico puede abrir espacios a la creatividad, con lo que ésta conlleva de capacidad de descubrir y de maravillarnos.

16. Todo aprendizaje es un interaprendizaje. La frase fue acuñada por don Simón Rodríguez. La clave pasa por lo compartido, por lo que puede ser aprendido de los demás. Resulta imposible el interaprendizaje si se parte de una descalificación de los otros. Es imposible aprender de alguien en quien no se cree.

17. Trabajar intensamente, pero sin tensiones. Cuando los participantes comparten horas de labor es imposible avanzar si se ha impuesto un ritmo neurótico o se ha creado un ambiente de antagonismo. Se logra mucho más sobre la base del encuentro y del compañerismo.

18. No hay prisa. Reconocemos en muchas experiencias educativas la neurosis del corto plazo; todo está planificado de manera de acumular datos a marchas forzadas. Un sistema semejante busca productos y no procesos, cierra los caminos a la reflexión y al compartir.

19. El ambiente educativo. El trabajo educativo requiere de una atmósfera propicia, capaz de facilitar los espacios para la comunicación. Un espacio pedagógico se construye. Construirlo significa progresar en la mutua comprensión, en ese proceso de *entreaprendernos*, al que aludía don Simón Rodríguez.

20. Todo acto pedagógico da lugar a lo imprevisible. Cuando se parte de la experiencia de los participantes no es posible preverlo todo, planificar hasta los más mínimos detalles. Hay temas nacidos sobre la marcha, conceptos nuevos, experiencias capaces de iluminar todo un ámbito de problemas.

21. Somos personas. Somos seres con todo el peso y la riqueza de la vida sobre los hombros y en el corazón; no somos números, no somos engranajes, no somos puntos terminales de una cadena de consumo.

22. La educación es un acto de libertad. Y no sólo como espacio para sentirse bien durante el proceso, sino como posibilidad de expresión, de comunicación y de crítica. Un acto educativo vivido así puede proyectarse a las diarias relaciones.

23. La educación es un acto de amor.

Daniel Prieto Castillo
San José de Costa Rica, 1991